

Capítulo II

La llegada de la palabra escrita (1979-1982). El preocupante estado de varias cuestiones

No fue que se muriera Franco, ni que la democracia se abriera paso, ni que me hubiera licenciado en la universidad, ni mil cosas más que sin duda influyeron pero no fueron determinantes, lo que encauzó mi vida profesional, estimo que acertadamente, en este periodo, sino que fue la necesidad de escribir sobre la enseñanza, y de hacerlo, por una parte, con la exigencia propia de la academia, y, por otra, sin dejar de lado lo que es la realidad de la escuela. No le extrañe, pues, al lector encontrarse en adelante con una especie de canto en estribillo a la importancia que tiene, como camino idóneo de formación, el hecho de escribir sobre lo que uno piensa y hace profesionalmente.

La exigencia de poner por escrito lo que pensaba vino del hecho de tener que hacerme cargo de una asignatura en la universidad, lo cual llegó en un momento en el que, habiendo hecho las transiciones personales a las que he dedicado buena parte del capítulo anterior, me encontraba participando activamente en otra transición: la que políticamente llevaba a cabo mi país en el camino de la dictadura a la democracia.

Además de tener que hablar y escribir sobre mi profesión en contextos más exigentes que las conversaciones en la sala de profesores o la cafetería, y de mantener un cierto nivel de activismo político y sindical, me seguía ganando la vida yendo a la escuela, donde continuaba teniendo que hacer un poco de todo, dado que el carácter provisional de mi trabajo como maestro continuó durante los años que abarca este segundo capítulo.

Así pues, los tres asuntos más importantes para dar cuenta de esta etapa, desde el enfoque que orienta esta autobiografía, a saber, las relaciones teoría-práctica en la profesionalidad docente, son: [la Academia y la necesidad de escribir](#) con un cierto nivel de exigencia; el hecho de encontrarme [inmerso en la transición de mi país](#), recién realizadas mis propias transiciones personales, y la continuación de [la nefasta provisionalidad](#), que me tuvo todavía durante algunos años en el nivel más precario del ejercicio de la docencia, lo que, por otra parte, no dejó de ser útil para mantenerme pegado a la realidad de una institución que, si bien puede tolerar ciertas ilusiones y discursos pedagógicos, suele finalmente acabar imponiendo su prosaica realidad. (p. 133)